



ÁNGELA
VALLVEY

MUERTE
ENTRE
POETAS

FINALISTA PREMIO PLANETA 2008

Lo que debía ser un encuentro ritual entre prestigiosos miembros de las letras nacionales se convierte en algo turbador al aparecer asesinado de una puñalada en el corazón uno de los poetas participantes. Nacho Arán, poeta y meteorólogo, llega al congreso poco después de que se haya producido el crimen, por lo que está libre de sospecha y podrá dedicarse a husmear entre el resto de los asistentes. Pronto descubrirá que casi todos ellos tienen algo contra el muerto, y se dará cuenta de que el refinamiento intelectual y la supuesta sofisticación de la cultura no sirven como vacuna contra el mal y las pasiones violentas, contra el odio y el deseo de venganza...

Ágil y sutil pero profunda, brillante y divertida, *Muerte entre poetas* es un auténtico logro narrativo que encandilará a los lectores. Una historia deliciosa que hace un guiño a las viejas novelas de Agatha Christie y a las guerras literarias de Pio Baroja.

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere.

Epístola moral a Fabio

Hoja en que escribo mi nombre
tú me sobrevivirás,
qué es, ¡ay!, la vida de un hombre,
cuando un papel dura más.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

*Para Antonio Javier Naranjo,
con agradecimiento y amistad*

EL PASADO

Ensueños inútiles y secos. Dos meses de belleza,
de ternura, se perderían para siempre,
y no podía hacer nada, nada, *mais rien*.

VLADIMIR NABOKOV, *Lolita*

LAS NEGRAS, ALMERÍA. 10 DE AGOSTO DE 1987

—Tú eres el responsable de la muerte de mi hija. Tú has matado a Nikita... Ha sido culpa tuya, de no haber sido por ti y tus ideas de dejarla que... —La mujer se echó a llorar, desesperada.

Llevaba cuatro días llorando ininterrumpidamente, desde que encontraron el cadáver de la chica en la bañera. La mujer, Sara, tenía los ojos hinchados, del color de canicas ensangrentadas. El pelo revuelto, pajizo y encrespado, a la altura de los hombros, necesitaba un lavado. Se frotaba las manos una contra otra, como si tratara de arrancarse unos guantes invisibles hechos con su propia piel.

El hombre la miró con escepticismo, pero no había compasión en sus iris. Reparó en que no era tan hermosa como creía. No así, al menos, congestionada por el llanto, deformada por la pena. *Dejada*. A él nunca le habían gustado las mujeres que se abandonan, que no cuidan su aspecto físico. A pesar de tener ya dos hijas —y de padres diferentes— cuando la conoció, Sara siempre le había parecido bella. Pero ahora era consciente de que su belleza no era más que una máscara debajo de la cual estaba eso: una mujer abotargada, cuya sola contemplación apagaba en él todas las sensaciones. Su aspecto lo deprimió todavía más. Fabio se daba cuenta de que su presencia no era ningún consuelo para ella. Estaba nervioso y sentía molestias en la tripa. Se rascó el cuero cabelludo y se ofreció a preparar café, pe-

ro la mujer negó violentamente con la cabeza, como si acabara de proponerle cometer un acto abominable.

—Tranquilízate, ¿quieres? —Se sentó al lado de Sara en un sofá blanco de obra cubierto con un enorme cojín a juego con pequeñas manchas de comida y bebida distribuidas como pecas en los hombros de una adolescente. Como los hombros de Nikita, pensó el hombre con un escalofrío.

Estaba claro: cuesta mucho mantener un blanco immaculado. Tanto en los sofás, como en las almas. Afortunadamente, Fabio nunca se había tragado la falacia de la pureza. «Todo acaba ensuciándose», se dijo.

El sofá no era tan cómodo como a él le hubiera gustado. La casa, blanca, al igual que el resto del pueblo, era alquilada. Sencilla y humilde, con un toque hippy muy del gusto de Sara. O lo había sido hasta que la muerte de Nikita le nubló la vista para cualquier cosa que no fuese su duelo. Hasta pocos días antes, a la mujer le gustaba mirar el cerro Negro, al final de la bahía, antes de volver a casa, a esa casa, con los ojos llenos de mar. Ahora, sin embargo, la muerte de la niña lo había trastornado todo, y en los antaños hermosos ojos de Sara sólo crecía una oscuridad que se parecía a una lengua de lava seca, a juego con el paisaje que los rodeaba.

Fabio no se engañaba a sí mismo: sabía que su relación con Sara estaba muerta. Tan muerta como Nikita.

Le dio pereza la idea de tener que empezar de nuevo con otra mujer. Las mujeres eran agotadoras. A pesar de todo, tenía que reconocer que los comienzos de un romance siempre eran buenos. La magia del descubrimiento de los cuerpos. La amabilidad y las sonrisas. La disponibilidad sexual. El entusiasmo. La inspiración. Todo ello, antes de que la unión se consolidara y luego degenerase inexorablemente hasta convertirse en tortura mental y en asco.

—De acuerdo —dijo con cierto tono de hastío. Cuatro días de llanto continuado eran más de lo que cualquier hombre podía soportar, por mucho que amara a la plañide-

ra. Observó a hurtadillas los labios secos de Sara, cuarteados por el llanto, y sintió un sorprendente estremecimiento de repulsión. Y pensar que había dedicado tantos versos a esa boca que ahora se le antojaba tan fea y desabrida...—. De acuerdo, el café no es buena idea. ¿Qué me dices de una tila?

—No quiero nada que venga de ti. —Sara escupió las palabras lentamente, la rabia goteaba entre sus dientes como saliva sucia.

La niña, la otra niña, Rocío, que pronto cumpliría ocho años, contemplaba la escena desde lo alto de la escalera que llevaba a la planta superior de la casa. Fabio la había visto por el rabillo del ojo. Era una ratoncita curiosa y metomentodo, siempre espiando. A veces, el hombre pensaba que no había sitio donde esconderse de aquellos ojos inquisitivos y acusadores, que bien podrían haber sido los del fiscal del Juicio Final. La mocosa lo ponía nervioso, y él no era un hombre calmado por naturaleza, precisamente. La cría era como un jilguero. «Ufana, alegre, altiva..., rompiendo el aire el pardo jilguerillo.» Pero su alegría se había esfumado cuatro días antes, aunque seguía siendo ufana y altiva como una aristócrata nórdica. La muy... Ahora que el vínculo emocional con su madre estaba definitivamente roto —Fabio se preguntaba cuánto más iba a tardar en salir el tema—, se alegraba de perderla de vista para siempre. ¡Plas!, él se largaría, y desaparecería, confiaba en que para siempre, de las vidas de Sara y de Rocío. Y sería como si a ese jilguerillo arrogante lo hubiese atravesado una saeta cazadora en un poema de Antonio Mira de Amescua.

«Que os jodan a las dos —pensó Fabio—, ya estoy más que harto de vosotras.»

MADRID. 6 DE JUNIO DE 1987

—¿Adónde vas? ¿Por qué te has pintado tanto? —La niña observó a su hermana mayor con una risita tonta. Mascaba un chicle que le llenaba la boca por completo, por lo que le costó trabajo pronunciar las palabras de manera correcta. Habitualmente se esforzaba por hacerse entender, en cualquier circunstancia y con cualquier interlocutor, ya que tenía la vaga sospecha de que en el mundo era indispensable hacerse comprender todo lo posible. Aun así, albergaba la sensación de que nadie se enteraba nunca de nada.

Nikita observó a su hermana pequeña y Rocío la obsesó con una seductora caída de pestañas. Aquella pequeña, pensó la joven, estaba siempre entre sus piernas, enredando.

—Piérdete, enana. Y no deberías comer chicle tan temprano, por cierto. Tus dientes se convertirán en pozos de carbón si sigues así. Déjame, anda. Tengo una cita y llego tarde. —Señaló la puerta de la habitación que ambas compartían, pero la pequeña no hizo caso, sino que miró impasible a su hermana, como diciendo «puedes esperar sentada».

—¡Pero si es por la mañana! —protestó finalmente—. No puedes haber quedado tan temprano. Como te vea mamá, no te dejará salir. Pareces un *marramacho* —añadió con tranquila profesionalidad diagnóstica, y sus infantiles manos dibujaron en el aire lo que ella creyó que sería un monstruo imaginario de aspecto destartado y taciturno. Nikita, sin embargo, hizo caso omiso, y Rocío sintió una vez más la soledad del artista.

—Se dice *mamarracho*. ¡Y no me distraigas con tus tonterías, por favor! ¿Ves?, por tu culpa se me ha corrido el rimel... Es que... Eres, eres *demasiao*, jobar, enana.

Nikita Conrado dejó a su hermana en el dormitorio cuando logró completar su maquillaje y salió al pasillo sigilosamente. Su madre y Fabio aún dormían. Era sábado, y la calle del centro de Madrid donde vivían estaba inusualmente callada a esas horas. La gente trasnochaba los viernes, y a las ocho de la mañana el tráfico de personas y vehículos perdía su vivacidad. Se respiraba una extraña calma, casi indiferencia, en el aire que se colaba por los balcones del salón. Se echó un último vistazo en el espejo de la entrada. Llevaba las piernas desnudas bajo una minifalda plisada de lino. Las sandalias de tiras de cuero le apretaban entre los dedos de los pies, pero se dijo que podía soportar la incomodidad a cambio del aspecto que ofrecía con ellas puestas. Arrebatador. Silbó para sus adentros. Lástima no tener un poco más de pecho. Siempre había albergado la esperanza de heredar la talla del sostén de su madre, pero cada día que pasaba se hacía menos ilusiones al respecto. Bueno, tampoco estaba tan mal, bien pensado.

Cerró la puerta de la entrada con tanta discreción como pudo, y salió al rellano dando un suspiro de alivio. El ascensor subió renqueando. Era viejo. Como Alejandro, pensó con una risita. En fin, seguramente más, porque los edificios del centro de Madrid eran todos del año catapún. Bajó hasta la portería y se dijo que era una suerte que los sábados no estuviese en su garita la portera. Era una cotilla, y ella no tenía ningunas ganas de dar explicaciones sobre el lugar al que se dirigía.

En la calle Concepción Jerónima todo era silencio. Una quietud casi amorosa teñía el aire de la mañana. De repente, un taxi rompió el encanto bajando la cuesta a toda velocidad y Nikita arrugó el ceño con disgusto. Le pareció ver que la cabeza del taxista se volvía en su dirección cuando

pasó por su lado. «Otro viejo verde...» El pensamiento le hizo gracia. Tenía dieciséis años, y se sentía tan joven como era en realidad. La mayoría de las personas y las cosas se le antojaban ya decrepitas.

Bajó hacia Puerta Cerrada arrastrando a duras penas sus sandalias nuevas. Había más coches circulando por allí. Se acercó a la cruz y esperó. Puerta Cerrada había sido una de las antiguas puertas de la villa; una entrada que, como su nombre indicaba, casi siempre permanecía cerrada para evitar los asaltos de los malhechores. Lo sabía porque Fabio se lo había contado. O quizás lo había visto en la tele, en algún documental.

Pensó que su hermana Rocío y ella tenían suerte con Fabio. Su madre siempre había sido un tanto desgraciada en amores. Tener dos hijas y ningún padre a la vista no era ciertamente un atractivo a la hora de encontrar novio. Los hombres huían en cuanto se enteraban, o en cuanto podían, y Sara terminaba sola después de un par de meses de entusiasmo y sesiones compulsivas de masajes y peluquería. Por supuesto. ¿Qué hombre querría cargar con dos arrapiezos, hijas de otro, o de otros, como era su caso? Fabio, sin embargo, no había visto el inconveniente. Llevaba un año viviendo con su madre, en el piso alquilado donde ellas ya vivían cuando él llegó, y no parecía importarle. Nikita creía que era un tanto teatral y afectado en sus muestras de interés por ellas, o sea, un poco falso, pero al menos se esforzaba por no hacerles sentir que eran un estorbo.

Por otro lado, desde que su madre vivía con él, había recuperado la luz en la mirada. Volvía a sentirse joven y atractiva. Tenía treinta y seis años y aún aspiraba a ser amada. Bueno, eso era cosa suya, pensó Nikita; estaba en su derecho, por muy madura que fuera.

Sintió un poco de frío.

Álex se estaba retrasando. Esperaba que no fuese porque había tenido algún problema con su mujer... Lo de su

mujer —meditó mirando al suelo, concentrándose en un billete de metro usado y pisoteado que había a su lado— era un problema. Eso sí que era un problema.

Pero si algo había aprendido Nikita en sus clases de matemáticas del instituto —era muy buena en ciencias, aunque en realidad no le interesaban nada— era que casi todos los problemas tienen solución. La mayor parte de las veces lo único que hay que hacer es despejar la incógnita.

Alejandro Martínez Ursola («Álex, llámame Álex, cielo») había cumplido cincuenta y tres años. A sus espaldas —porque tenía la sensación de llevarlos literalmente a la espalda— quedaban veintisiete años de matrimonio resignado; en algunas épocas, incluso melancólico. (Bueno, más bien, para él fueron etapas *melanálcohólicas*.) La suya, decían sus colegas del ministerio, era una relación sólida. «Y tanto —pensaba él—. Sólida como el hormigón. Como las lápidas que cierran las tumbas con su peso.»

Había alcanzado casi todas sus expectativas profesionales. Sólo el ministro estaba por encima de Alejandro Martínez en Cultura. Aunque eso de «por encima» habría que verlo: en realidad, Alejandro mandaba sobre el ministro, porque, entre otras cosas, siempre le había gustado ejercer el poder en la sombra, y él lo tenía, se lo habían dado, y así lo había querido. Nunca quiso dar la cara. «Cuando uno da la cara —solía decir sin vergüenza—, normalmente se la parten.» No le agradaba tener visibilidad, ser famoso políticamente, ni siquiera aunque la contrapartida fuera el poder. Hacía mucho que había descubierto que el mando no necesita de la publicidad, pues ésta tiene más inconvenientes que ventajas en nuestros tiempos.

Alex no tenía problemas con la culpa, esa lacra cristiana con un peso de más de dos mil años sobre las costillas de la sociedad (aún más difícil de llevar que su matrimonio; porque ésa sí que era una relación duradera, la de la culpa

y la sociedad, y no sus desgraciados esponsales con la triste y ajada Rosaura, su mujer). Desde que podía recordar, a Álex le gustaban las niñas. Él, un hombre de cultura, de influencia libresca, se había visto ratificado en sus gustos por sus lecturas, por su conocimiento de la historia, y por su propia experiencia de la vida.

Nunca había tenido la sensación de estar haciendo algo malo. Tampoco le gustaban demasiado jóvenes: un mínimo de diez años —se consideraba un hombre decente, no un monstruo—, catorce, quince, dieciséis... El límite eran los dieciséis. A partir de ahí, las niñas se transformaban: en mujeres, con suerte; en arpías, por lo común —a veces, en las dos cosas al mismo tiempo—, y a él no le interesaban ni las mujeres ni las arpías. Nikita estaba en la frontera, pero era tan hermosa, tan perfecta que, en ocasiones, cuando la observaba durante un rato, temía ser incapaz de soportarlo.

Cuando la recogió en su coche, la chica entró y se sentó de un brinco a su lado; se le hizo un nudo en la garganta y apenas pudo saludarla. Nunca en la vida había visto nada tan bonito, y tan cerca de sus manos.

Fabio Arjona le había presentado a su nueva familia hacía poco más de un mes. Gracias a eso conoció a Nikita, con sus grandes ojos lucientes, igual que dos pequeñas estrellas azules, y su tez blanca moteada de pecas rubias.

Álex tenía calado a Fabio: un don nadie que procuraba abrirse camino a empujones en la universidad y en la literatura; un poeta pésimo («lo mejor de sus poemas son los versos de otros, que él rapiña sin escrúpulo alguno»), le había oído comentar con malicia nada disimulada a un colega en cierta ocasión). Fabio era un mediocre, y un trepa. Su ambición era inversamente proporcional a su talento y, por supuesto, el resultado que había obtenido partiendo de tan magra base era una vida de constante frustración.

Álex lo había conocido en la universidad, donde Fabio trabajaba como ayudante. Ayudante, a su edad... Un hombre con un trabajo que podría hacer un niño. Alejandro for-

maba parte por entonces de un tribunal de oposición. Parecía mentira que, a pesar de ser un alto cargo político, aún tuviera que hacer el paripé de acudir a esas farsas institucionalizadas que eran los tribunales de oposición en la universidad. Normalmente, la plaza se convocaba para un candidato del departamento, y aunque todo el mundo sabía que sólo el aspirante oficial podría ganar el puesto, aun así, siempre había tres o cuatro infelices doctores, ajenos incluso a la facultad, dispuestos a presentarse y a pasar por el mal trago de ser rechazados y, de paso, humillados en un proceso de selección que solía premiar al postulante de casa aunque fuera el más inepto. Así, se colocaba de por vida a auténticos mendrugos en puestos que habitualmente les venían grandes. Álex no era tonto y sabía que ese proceso de elección era bueno políticamente. Él mismo lo favorecía con entusiasmo, porque la educación es, sobre todo, política, y quien instala a los suyos en la universidad está sembrando una determinada mentalidad política en las futuras clases dirigentes de un país. Sabía que eso tenía un rendimiento muy claro a la hora de contar los votos.

Las cosas funcionaban así por lo menos en el área de las letras. Los de ciencias..., bueno, de éstos nadie sabía cómo actuaban realmente, por qué criterios se movían, si científicos o políticos. Alejandro tenía entendido que le daban mucha importancia a la investigación —o sea, a las publicaciones—, pero también sabía a ciencia cierta, y nunca mejor dicho, que si querían hacer profesor numerario a uno de sus chicos ponían la firma del aspirante en varios artículos producidos por sus compañeros y engordaban su currículum en un santiamén, de manera que, cuando se presentaba a la plaza, podía parecer Einstein a ojos de un profano.

Bah, la universidad... Cuánto se alegraba de haberla dejado atrás. Las clases. Las alumnas talluditas. Las largas y embarazosas horas de tutoría... La obligación de escribir y publicar todo tipo de sandeces... Estaba mucho mejor en su despacho, con una secretaria y un chofer a su disposi-

ción, tomando decisiones importantes para las vidas de las personas. Prefería hacer política a las claras, sin tener que ocultarse bajo argumentos falsamente humanistas.

Fabio llevaba años detrás de un puesto de titular en el Departamento de Literatura, pero no era ningún secreto que el catedrático del área lo detestaba, y aunque acumulaba méritos suficientes, en comparación con sus compañeros, para recibir la responsabilidad y el sueldo y la tranquilidad funcional correspondientes—, el viejo Arnés, que gobernaba de manera absolutista su departamento, le había cerrado el paso una y otra vez hasta convertirlo en un eterno ayudante. En un hombre con trabajo de niño.

Fabio estuvo presente en la oposición, como espectador, y cuando concluyó la primera prueba no paró hasta conseguir hablar un rato con Álex. Era un pelota redomado, el tal Fabio Arjona. Alejandro podía sentir sus ojos oscuros y brillantes clavados en los suyos, saetas de un atrevimiento casi obsceno. La insistencia y la avidez de su mirada consiguieron desconcentrarlo en más de una ocasión, en las que perdió el hilo de lo que allí se estaba diciendo. Seguramente Fabio era muy consciente del poder que Álex acumulaba en esos momentos, y del que llevaba administrando desde hacía años. Si Alejandro Martínez Ursola lo hubiese querido así, Fabio no habría tardado ni dos meses en tener su tan deseada plaza de titular universitario.